

No tiene arreglo

(Marcos 16.1-8)

Joe Schubert

Los días que siguieron a la muerte de nuestro Señor se describen en los primeros ocho versículos del último capítulo de Marcos. Cuando el día de reposo terminó, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias con las cuales ungir el cuerpo de Jesús. Muy de mañana, el primer día de la semana, apenas amaneció, se encontraban camino al sepulcro. Se preguntaban la una a la otra, mientras caminaban: «¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?». Pero cuando miraron, vieron que la gran piedra había sido removida. Cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven, cubierto de una larga ropa blanca, sentado al lado derecho. Se espantaron. «No os asustéis —dijo el joven—; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo». Temblorosas y desconcertadas, las mujeres se fueron huyendo del sepulcro. No le dijeron nada a nadie, a causa del temor.

En un antiguo poema, «La viuda de la calle Bye», John Masefield describe una escena de dramática angustia. Se refiere a un joven que está a punto de ser ejecutado por el Estado por crímenes que ha cometido. Va a ser ejecutado por ahorcamiento. Entre la multitud que se ha reunido para presenciar este evento final se encuentra su madre. Cuando la trampilla se abrió y la cuerda hizo su tarea, la madre se desplomó y comenzó a sollozar. Los que estaban cerca la oyeron decir algo en el sentido de que «todo se había arruinado, se había arruinado tanto que no tenía arreglo». Parte de la angustia de esta mujer tenía que ver, sin duda, con los recuerdos de su fracaso como madre, del pasado, y la sensación de vergüenza por el hecho de que el mundo era testigo de ese fracaso. Pero otra parte de esa angustia estaba

relacionada, sin duda, con el futuro. Ahora quedaba completamente sola en el mundo, sin esposo y sin hijo. Estaba convencida de que en realidad ya no quedaba nada por lo cual vivir. No había futuro, no había esperanza. Sólo quedaba una profunda y presagiadora sensación de desesperanza. «Todo se había arruinado, se había arruinado tanto que no tenía arreglo».

El anterior es un pensamiento sobrecogedor, pues insinúa que no hay nada por lo cual vivir, que no hay sensación de una promesa para el futuro. Según lo entiendo, lo anterior es la esencia misma de la desesperanza. Equivale a encontrarse uno mismo en cierto momento de su vida en el que hay un pasado y hay un presente, pero no hay un futuro. No hay absolutamente nada por lo cual ilusionarse.

I. LA DESESPERANZA DE LOS DISCÍPULOS

Es interesante notar los paralelos que hay entre el poema de Masefield y las circunstancias que concurren a la muerte de Jesús. En el poema un joven es ejecutado por el Estado en presencia de su madre. Cuando Jesús murió aquel viernes a las tres de la tarde, las esperanzas de cientos de personas murieron con Él. Habían creído que Él era el Mesías. Desde que comenzó a enseñar en Galilea y a hacer Sus poderosas obras en Palestina, rápidamente corrió la voz de que Él en efecto era el largamente esperado Libertador de Israel. La gente de la calle comenzó a llenarse de esperanza y de entusiasmo. Pero después, con la misma rapidez que su fama creció, la corriente se volvió en contra Suya. Antes de que la mayoría de la gente se diera cuenta de lo que en realidad estaba sucediendo, allí estaba Él, como otro criminal convicto, siendo agregado a los anales de la crucifixión de la historia de Roma.

El poema habla de que «todo se arruinó, se

arruinó tanto que no tiene arreglo». Este debió de haber sido el sentir de Sus seguidores aquel viernes por la tarde cuando apresuradamente pusieron Su cuerpo en un sepulcro prestado antes de que el sol se pusiera. Más de una mujer se desplomó llena de lágrimas aquella noche. En el momento en que se llenaron de tantas esperanzas, todo se perdió de repente. Aquel sábado después de la muerte de Jesús debió de haber sido el día más lúgubre que los discípulos jamás tuvieron. Lo que Jerusalén y Roma habían logrado arruinar, ni siquiera para el mundo parecía tener arreglo.

II. EL DOMINGO DESLUMBRADOR

Pero, después, según Marcos nos cuenta, algo completamente inesperado sucedió. El domingo muy de mañana, un grupo de mujeres se dirigió al sepulcro para terminar de ungir el cuerpo de Jesús. Les preocupaba quién les iba a remover la gran piedra de la entrada del sepulcro. Los eruditos insinúan que la piedra podría haber pesado cerca de quinientos kilogramos. Este enorme problema no les pasó por la mente sino hasta que ya casi habían llegado al sepulcro. Pero cuando llegaron, vieron que el problema ya estaba resuelto. La pesada piedra ya había sido removida.

También hallaron que el sepulcro estaba vacío. Al comienzo pensaron que esto era sencillamente otra tragedia de su ya larga lista de catástrofes. No les pasaba por la cabeza que esto era algo que Dios había hecho. Suponían, como todo palestino lo habría supuesto en el siglo I, que eran ladrones de tumbas los que habían robado el sepulcro, y además profanado el cuerpo.

Mateo nos dice cómo fue que la piedra llegó a estar removida para cuando las mujeres llegaron. En Mateo 28.2-4 se lee: «Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos». Todo esto sucedió poco antes de que las mujeres llegaran. Para cuando ellas llegaron, los guardas, aparentemente, se habían ido. El sepulcro estaba ahora completamente vacío, excepto por un joven. Los evangelios nos dicen que el joven era un ángel. Dijo éste: «No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar donde le pusieron». En ese momento todos los eventos fueron puestos en perspectiva. Jesús ya no estaba muerto. El cuerpo que había muerto el viernes había sido reanimado el domingo. El sepulcro vacío no era obra de ladrones de tumbas;

era obra de Dios mismo. Difícilmente lo entendían. ¡Jesús estaba vivo y andaba otra vez en el mundo! También dijo el ángel: «Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo» (vers.º 7).

III. EL DON DE DIOS

¿Por qué cree usted que el ángel eligió a Pedro para que fuera particularmente a él a quien se le llevara el mensaje? Se hizo así porque tan sólo tres días atrás Pedro había negado haber tenido relación alguna con el Señor. Esto recalca el hecho de que, aunque Pedro había desechado a Jesús, Jesús no lo había desechado a él.

Lo mismo se podía decir de todos los discípulos. La noche que Jesús fue entregado, los demás apóstoles hicieron básicamente lo mismo que Pedro. Todo el resto de ellos lo desampararon y rehusaron mantenerse a Su lado. Se fueron y huyeron temiendo por sus vidas. Pero siguiendo muy de cerca la resurrección está la afirmación en el sentido de que aunque los discípulos lo habían abandonado, Él no los estaba abandonando a ellos. Frente a la negación, la traición e incluso la crucifixión, Dios estaba diciendo: «No renunciaré a estos hombres. Tampoco renunciaré al mundo». Lo que ellos creían que ya había terminado y estaba arruinado, tan arruinado que no tenía arreglo, todavía estaba bastante vivo. Este repentino descubrimiento había hecho que las cosas cambiaran para los discípulos; les había dado una perspectiva totalmente nueva de la vida. La resurrección de Jesús volvió a recordarles una vez más a estas personas que Dios es un factor a ser tomado en cuenta cuando uno piensa en el futuro.

Esto es algo que tan fácilmente olvidamos en el diario ajetreo de la vida. Usted y yo tendemos a ver los eventos horizontalmente, como si nuestra sabiduría, conocimientos y energías fueran las únicas potencias que operan en este mundo. Hemos llegado a la conclusión de que si no podemos descifrar la manera como lograremos algo con nuestras propias fuerzas e inteligencia, entonces, sencillamente no se podrá lograr. Somos como las mujeres que estaban preocupándose por quién iba a remover la piedra. Estaban conscientes de un problema que sobrepasaba la capacidad de ellas para resolverlo. Pero cuando llegaron, ya estaba resuelto.

Dios, también, juega un papel en lo que es posible e imposible en el futuro. Dios no sólo tiene poder, sino también misericordia, y los tiene en medida mayor de lo que podemos entender. En Romanos 4.17, Pablo se refiere a Dios como el Dios

que da vida a los muertos, y llama a las cosas que no son, como si fuesen. Dios fue capaz de tomar un cuerpo muerto, un cuerpo del cual toda la vitalidad se había drenado, y hacer que volviera a tener vida. Pablo infiere en Romanos 4 que esto es parecido a lo que Dios hizo cuando tomó cosas que no existían y les ordenó que llegaran a existir por la palabra de Su poder. Esto es lo máximo en lo que a poder se refiere. Hace que cambie para siempre la manera como entendemos las palabras *posible* e *imposible*. ¿Qué problema es realmente demasiado grande o complejo para un Dios que no sólo es Creador, sino también Resucitador? Si Dios fue capaz de levantar a Jesús de los muertos, ¿qué piedra hay en nuestras vidas que Él no pueda remover?

¡Cuán grandioso es, en mi opinión, que Dios todavía haya deseado levantar a Jesús, en vista de la manera como el mundo acababa de tratar a Su Hijo! La misericordia y la paciencia que se expresan en la resurrección de Cristo sobrepasan mi entendimiento. Jesús representaba el último y mejor esfuerzo de Dios para hacer algo por este planeta rebelde. No bien hubo tenido lugar el primer pecado sobre la tierra, cuando Dios se propuso redimir de su pecado al hombre. Dios habló a Abraham, a Isaac, a Jacob y a los descendientes de éstos y les reveló Su voluntad. Más adelante envió la ley, los profetas y los sacerdotes. La lista de los esfuerzos de Dios era larga. La cruz era el acto culminante. Era como si estuviera diciendo: «Este es Mi Hijo, uno como Yo. Por supuesto que lo escucharán». Al comienzo este Hijo fue tratado con cálido afecto. Después, el mismo mundo que apedreó los profetas y violó la ley, la emprendió contra el Hijo. Al final fue completamente rechazado, torturado y por último fue muerto.

Sólo un padre sensible puede comenzar a entender cómo debió de haberse sentido Dios aquel viernes por la tarde. ¡Use su imaginación! Suponga que usted se da cuenta de una familia en su zona que de veras necesita ayuda. Usted decide hacer lo que puede para ayudarles. Le consigue trabajo al hombre, les da lugar donde vivir, y hace todo lo que está a su alcance para llenar las demás necesidades de esta familia. Pero las necesidades empeoran. Los padres rehúsan trabajar. Destrozan el lugar donde viven. Al darse cuenta de que la tarea era más grande de lo que usted había esperado, pide ayuda a los trabajadores sociales y a las agencias de asistencia del condado. Pero la familia rechaza todas las ofertas de ayuda. Un día su único hijo le dice a usted: «Déjame tratar de ayudarle a esta familia. En vista de todo lo que has

tratado de hacer por ellos, y en vista de que soy tu hijo, tal vez me escuchen a mí». El hijo va a ver la familia, pero en lugar de echarlo como habían hecho con los demás que habían tratado de ayudar, lo atan a una silla, lo torturan y lo matan a sangre fría. ¿Cómo reaccionaría usted? ¿Señalaría esta familia como gente que no vale la pena, como un caso perdido? Por supuesto que así haría. Sin embargo, ¿puede usted creer que al hacer salir a Cristo del sepulcro, Dios dijo una vez más: «Esta gente que ha rechazado todas las propuestas que les he hecho, todavía tienen un futuro. Voy a tratar de extenderles la mano una vez más»?.

Al pedir a los discípulos y a Pedro que se reunieran con Él en Galilea, Dios manifestó una misericordia, una paciencia y una esperanza que es completamente increíble. Este es el Dios al que hay que tomar en cuenta cuando contemplamos el futuro. ¿Quiénes somos nosotros para mirar lo que está arruinado en nosotros, y decir que se ha arruinado tanto que ya no tiene arreglo? Si Dios fue capaz y estuvo dispuesto a tomar el cuerpo arruinado de Jesús y devolverle la vida, ¿qué no podrá arreglar en nuestras vidas?

IV. ESPERANZA PARA LOS DESESPERANZADOS

Uno de los grandes sermones de una generación del pasado es de Carlyle Marney; sermón que llevaba por título: «La mano fuerte de Dios». Trataba sobre Judas y la grandísima tragedia de sus mentiras. Su ruina, según Marney, no fue el hecho de que traicionó a Jesús, sino el hecho de que no perseveró lo suficiente para ver lo que Dios puede hacer con los defectos humanos. En otras palabras, el pecado de Judas fue el pecado de la desesperanza. Cuando todo el impacto de lo que hizo por fin le golpeó, fue más grande de lo que pudo soportar. Todo le pareció tan arruinado que llegó a la conclusión de que no tenía arreglo. Se vio a sí mismo como alguien que no tenía una sola cualidad que valiera la pena, alguien tan despreciable que estaba completamente fuera del alcance de la misericordia. Por lo tanto, se quitó la vida. Pero, ¡qué lástima, qué lástima!

Si Judas tan sólo hubiera esperado hasta aquel domingo por la mañana, cuando Dios levantó a Jesús del sepulcro, no hay duda de que hubiera oído que el ángel anunciaba a las mujeres: «No está aquí, él va delante a Galilea. Id, decid a los discípulos, y a Pedro, y a Judas». No era tan grande la diferencia entre lo que Judas hizo y lo que Pedro hizo. Tampoco lo era la diferencia entre lo que Pedro

hizo y lo que los discípulos hicieron. La misericordia era suficiente para alcanzar incluso a Judas.

¿Tiene usted en su vida cosas que parecen arruinadas —las esperanzas, la salud, un matrimonio? Para algunos de ustedes el futuro puede parecer muy sombrío. El futuro no parece otra cosa que un montón de piedras grises que usted ha de remover. Escuche, también hay un Dios. Él es un factor a ser tomado en cuenta. En Dios hay poder y misericordia suficientes para aplicarlos a lo que sea que esté arruinado en su vida. Con Dios no hay nada que esté tan arruinado que no tenga arreglo. Este es el mensaje de la resurrección.

Es impresionante para mí considerar la cantidad de Escrituras del Nuevo Testamento que relacionan el poder de Dios que levantó a Jesús de los muertos y el poder que Dios está dispuesto a ejercer por medio de nuestros cuerpos como pueblo Suyo que somos hoy día. En Efesios 1.18–20, escribió Pablo:

[...] Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según

la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales.

En Romanos 8.11 dice: «Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros». Y Romanos 6.3, 4 dice: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva».

CONCLUSIÓN

La diferencia entre la desesperanza y la esperanza es Dios. La diferencia entre la frustración y la realización es Dios. La diferencia entre la muerte de Jesús el viernes y la resurrección de Jesús el domingo es Dios. La diferencia entre la antigua vida de fracasos y la nueva vida de victorias y poder es Dios. Hay poder para usted; hay misericordia para usted; hay perdón para usted, si usted está dispuesto a darle su vida.

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS